

**MANTOUX
POSITIVO**

MANTOUX POSITIVO

Por esos lares y recónditos lugares húmedos y fríos como la nieve de la meseta montañosa de nombre Urbasa, se esconde una leyenda, una fábula que prefiero no recordar o... tal vez sí, pero si lo hago permítame hacerle una sugerencia. Si se encuentra sólo asegúrese su espalda esté contra la pared más cercana y nada ni nadie pueda estar vigilando, acechando, aguardando el momento oportuno desde las sombras de sus pesadillas.

Todo se remonta a hace lo menos cientos de años cuando las instituciones hospitalarias tomaron la decisión de edificar diversos sanatorios en montañas cuyo oxígeno y naturaleza desbordante sanasen la enfermedad que latía con fuerza de corazón en corazón, la tuberculosis.



Miles de versados aseguraban el ilustre servicio del que contarían dichas instalaciones. Y es que así era, salvo que uno de ellos, el más oscuro, del que la niebla nunca desvanecía y cuyas puertas de acero y hierro negro rasgaban y desgastaban el cielo como si perteneciesen al mismo infierno, nadie quiso conocer. Aquel construido al extremo de la ladera más abismal, fue olvidado y evadido de toda inspección. Siendo de este modo inaugurado entre numerosos doctores que ansiaban la alentadora oportunidad de brillar en su carrera laboral y familias que allí abandonaban a sus parientes con la esperanza de volver a verlos algún día entre festejos y brindis de licor por su reciente cura. No obstante, ignoraban que una vez traspasaras ese asfalto de piedra y mármol roto y te adentraras en un hospital de paredes que susurraban tu nombre nunca más volverías a salir. ¿Estaban muertos? No lo estaban.

Tan solo cinco de cada cien pacientes salían y escapaban para asegurar su lúgubre experiencia. Todos prometían que esas muertes se debían a la carga viral que esas personas portaban al cruzar el umbral del tártaro. Eso se creía. Se esperaba. Se imaginaba. Intentando convencerse que las manos de sangre en la pared, los gritos a medianoche tan solo eran sueños, pensamientos desasosegados. Únicamente albergados en su mente.

Años después de su cierre, tras la misteriosa muerte de algunas eminencias médicas, una detective de alto prestigio se dirigió hacia allí manoseando una y otra vez los expedientes y confesiones de víctimas aún con vida. El coche cruzaba el marco de la verja y su equipo se preparaba suministrando todo tipo de artillería al chófer que al volante aguardaba. Ella ensimismada observaba el edificio y como embrujada o hechizada por su encanto, bajó del coche con la mirada fija en todos los ventanales, especialmente en uno, cuyas cortinas volaban como si alguien avistase sus movimientos desde lo alto.

El ruido de sus zapatos chocando contra el suelo retumbaba en las cabezas de los allí presentes. La puerta se abrió. Dentro charcos y olor a putrefacto. La entrada se tapió y las luces se fundieron reventando los cristales que las cubrían. El sonido de la electricidad era lo último que quedaba. El viento surcaba los salones de lado a lado susurrando su nombre una y otra vez. *Ven, ven acércate a nosotros.* De pronto, manos sangrientas aparecían en la cristalina pared acercándose cada vez más y más hacia ella. La oscuridad reinaba antes todo, emanaba tensión, miedo, los pelos de la nuca se le erizaron y una y otra vez se repetía *Tan solo son mis pensamientos. Tan solo son mis pensamientos.* Las pisadas la rodeaban. Ella corría como alma en pena aclamando al cielo una protección. Las escaleras una a una le hacían tropezar, un camión blanco cruzando de habitación a habitación. Gotas de agua se acercaban poco a poco estampándose contra las baldosas. TIC TOC.

¡No por favoor! – gritaba entre angustia y desesperación. Intentaba abrir la puerta con todas sus fuerzas. Todo era en vano. Los sollozos le penetraban en la cabeza como dagas desgarran la piel. Cánticos de antiguos coros dominaban los dormitorios y destrozando una ventana, saltó para llegar al vehículo que los llevaría de nuevo a su hogar. Por el contrario, agentes y chófer se hallaban asesinados. Corrió. Aquello no era tenebroso, era enloquecedor.

Llegó hasta el poblado más cercano. Donde por fin quedó escrita su historia. La que hoy os cuento. Ahora reposa sobre vuestras manos pensar lo que allí ocurrió. En vuestras mentes si queréis ser vosotros los próximos en perturbar el descanso de muchas almas. En este instante pregúntate una sola cosa ¿estás en silencio? ¿Lo suficiente como para que nada se encuentre tras de ti esperándote?